

su valor y disculpable su procedencia, hostigasen á los servidores de su casa, si ya no llevaban su atrevimiento á faltar al respeto debido á la misma persona de su alteza, que todo podía suponerse del número, calidad y organización militar de los salteadores.

Suficiente número de peones y caballos ligeros escogidos para desempeñar esta comisión, aguardaban la orden de partir y el jefe que debía mandarlos. No dejaba el cargo de ofrecer dificultad, como siempre habrá de ofrecerla en aquel territorio la persecución de numerosas partidas compuestas de guerrilleros obstinados, diestros en ardidés, naturales la mayor parte de las agrestes breñas, que, á manera de fortaleza natural, les sirven tan á maravilla contra superiores enemigos.

Un descalabro sufrido á los principios por las tropas regulares pudiera muy bien ocasionar largos años de guerra civil dando á los rebeldes algun apoyo de importancia, bien entré los moros de Valencia, recién sometidos, ó decidiendo en su favor al rey de Castilla, siempre codicioso de ocasionar disturbios en provecho suyo en los estados aragoneses.

Cuando así vacilaba don Jaime acerca de la persona idónea á quien conferir la empresa, vinieron á decirle que Arnaldo, el antiguo militar padre de Armengol, solicitaba licencia para besar su mano y demandar la última recompensa de sus largos servicios.

—¡Pláceme, por Dios vivo, ver entrar por las puertas de mi alcázar á ese fiel servidor y desgraciado caballero, dijo el monarca á los cortesanos inmediatos. Hace tiempo que llora su deshonra y la infame conducta del hijo de maldición con que plugo al cielo castigarle, sin haber querido salir de su retraimiento, á pesar de los mensajes en que yo le aseguraba mi aprecio constante. Venga, pues, en buena hora á recibir consuelo en los brazos de su amigo, ya que un rey carece de poder suficiente para curar las heridas del corazón atribulado.

Atravesó Arnaldo el umbral de la real estancia, triste pero sereno y digno en su ademan. Adelantóse el rey á su encuentro, y las pruebas de cariño que dió al caballero conmovieron su espíritu haciéndole perder la calma de que provisto llegaba, hasta el punto de necesitar algunos momentos antes de pronunciar la súplica que allí le conducía.

—Tengo, señor, empezó diciendo, tan pocos méritos, que no merecen fije vuestra alteza en ellos su consideración para otorgarme la gracia que, humillado de hinojos, vengo á pedirle, disimulando la torpeza con que habré de hacerlo, pues ni jamás doblé la rodilla ante potestad alguna, ni tampoco rogué sino á Dios perdonase las muchas culpas de mi vida. ¡Pero recoged la memoria ¡oh príncipe generoso! y si es corto mi valer, un crecido número de ascendientes ilustres, antes de contarse Aragon en el número de las naciones, me servirán de intercesores para conseguir el mando de las tropas encargadas de perseguir á las infames turbas acaudilladas por mi propio hijo.

—¿Has reflexionado á lo que te obligas solicitando esa comisión? respondió el rey entre admirado y severo. ¿Sabes que podré con justicia ordenarte seas el ejecutor de la sentencia que los crímenes de Pedro Armengol reclaman?

—No mireis en mí al padre indulgente, sino mas bien al hombre ansioso de borrar su afrenta, aun á costa de hacer callar la voz de la naturaleza.

—Nunca exigiré de ti semejante sacrificio, que admiro en alto grado. Marcha y destruye las partidas de malhecho

res, y cuando vuelvas acompañado de su caudillo á demandar la clemencia del soberano, encontrarás al compañero de armas dispuesto á recibiros en sus brazos.

—A vuestros pies, señor, estaremos dentro de poco, honrándonos con besar la tierra hollada por tan gran monarca.

Partió en efecto Arnaldo y desde los primeros días tuvieron los bandidos que cejar ante la disciplina y buena dirección de las compañías regulares. Derrotados en cuantos sitios trataron de presentar el rostro, fueron reducidos á un pequeño espacio donde faltos de techo y provisiones, se vieron en la necesidad de aceptar un encuentro decisivo, so pena de entregar sus cuellos al verdugo.

Desde la mañana dió comienzo la jornada, y aunque todo el resto del día llevaron los sediciosos la peor parte, estaba próximo á terminar el día sin poder contar la victoria por suya ninguno de los dos bandos, cosa muy comun en las guerras de montaña. Cansado Arnaldo de aquella porfiada resistencia y viendo que á favor de la oscuridad iban los bandoleros á conseguir retirarse donde fuera mas difícil darles caza, enviólos como parlamentario á un prisionero que por acaso habia librado de la muerte, proponiendo á su jefe un combate singular al frente de entrambas huestes, no dudando de la impresión desfavorable que produciría en los enemigos el vencimiento de su caudillo, á quien habia visto desde las primeras horas demostrar un conocimiento y actividad que hicieron á menudo inclinar la victoria á la parte donde se presentaba. Admitido el reto, fueron las condiciones ajustadas sobre la marcha, saliendo al frente los dos jefes y coronando las eminencias y peñascales las cuadrillas y compañías, ansiosas de presenciar, aun á costa de suspender el uso de las armas, el interesante desenlace del mortífero y sangriento drama.

Ambos á dos rivales calada la visera, embrazado el escudo, encerrados en un círculo trazado en tierra, á pié y altas las cortantes espadas, se acometieron con arrojo, rechazaron los golpes con destreza, y volvieron á cerrar uno tras otro, dando desde un principio tales muestras de su pericia que no hubo entre los espectadores quien no temiese por el triunfo de su parcialidad al ver el temible contrario que le disputaba.

Las piezas de las armaduras volaban hechas pedazos, los aceros chocaban saltando chispas á su encuentro, que la noche próxima hacia brillar cual luminarias fosfóricas encendidas por el demonio de la ira, y ni los batalladores daban muestras de cansancio, ni habia conseguido ninguno recrear la vista en la sangre de su enemigo. A esta sazón Arnaldo mas afortunado, si no mas hábil, dirigió una rápida estocada al adalid de la montaña hiriéndole gravemente, aun á trueque de romper la punta de la espada entre la unión de la cota y la gola de su valeroso contendiente. Pero el dolor y consideración del riesgo en que se hallaba, comunicaron á éste la fuerza necesaria para asestar al caudillo real un golpe con tal acierto sobre el abollado yelmo que cayó al suelo hecho pedazos.

La situación de Arnaldo era en extremo comprometida hallándose casi desarmado y la cabeza descubierta, á merced del irritado bandolero. Aprestóse á la defensa mal dispuesto de su aturdimiento, viendo á su enemigo acercarse para acometerle de nuevo; mas con sorpresa general arroja la espada el enfurecido rebelde, se alza rápidamente la visera y postrándose á los pies de Arnaldo esclama con voz que todos oyeron:

—Perdon, padre mio, perdon: no me maldigais: atravesad



este pecho asilo de tanta maldad y cortad el brazo que ha tenido la desgracia de levantarse contra vos.

Era en efecto Pedro de Armengol que, ignorando el nombre del adalid que le retaba, admitió el duelo, así como aquel le propuso, bien ageno de pensar tendria por adversario á su propio hijo, que segun sus confidentes juzgaba lejos de allí.

Embargado con la sorpresa contuvo el caballero su indignacion algunos instantes, rompiendo por fin con estas palabras:

—Villano malhechor, el mundo verá que no te buscaba en balde, al saber que tan luego como di contigo acabaron en el instante mi deshonra y tus ruines hechos.

Y sin aguardar á más recogiendo del suelo la espada del mancebo la esgrimió con intento de atravesarle el corazon.

—Por las entrañas de Jesucristo, señor, volvió á suplicar el jóven cruzando las manos y sin abandonar su ademán humilde, nunca he temido la muerte, pero tened piedad del estado de mi alma, y si no me otorgais el consuelo de consagrar á la penitencia el resto de mis dias, concedme un sacerdote que oiga mi confesion postrera antes de abandonar el mundo. Mirad que mis delitos son mas numerosos que las arenas del mar, y que por el menor de todos merezco ser el blanco miserable de la justicia de Dios.

—La del rey, añadió Arnaldo, te impondrá el castigo merecido; tienes razon, no debo usurpar sus funciones al verdugo ni el escarmiento á los rufianes como tú. Ahora marcha, y espera en la retaguardia que yo acabe de exterminar á los salteadores que te seguian.

—¡Compañeros, gritó Armengol, dirigiéndose á los suyos abajo las armas! estamos rendidos á la clemencia y autoridad de don Jaime el Conquistador.

Todos le obedecieron, viniendo sumisos á colocarse entre las filas de soldados, los que sin el ejemplo de su capitán aun hubieran podido mantener indecisa por largo tiempo la contienda.

Conducidos á la villa de Prades recibieron el indulto de sus hechos, bajo condicion de incorporarse á los almogávares que guerrearán en la frontera.

De Pedro de Armengol trataremos en párrafo aparte, pues por entonces ni sabemos que cuenta daría su padre al monarca cuando por él le preguntase, ni tampoco donde le condujo aquella misma noche en que los vieron galopar juntos hácia el camino de la costa.

#### IV.

En la ciudad de Barcelona lloraba sus culpas y convalecia de su herida el hijo de Arnaldo, donde su padre le ocultó interin solicitaba el perdon del soberano. Fuéle fácil obtenerle, sin duda por disposicion de Dios que le preparaba para ser ornamento de la iglesia española. Con el mismo fray Bernardo de Corbera que habia profetizado su ilustre suplicio, hizo una confesion general, en que la vehemencia del dolor hizo temer le acabase la vida, y despues inspirado por la Santisima Virgen, de quien ya hemos dicho fué siempre gran devoto, entró en la órden de la Merced, causando no poco asombro á toda Cataluña ver profesar en religion al desarreglado libertino que luego conoció famoso bandolero.

Si estuviéramos dotados de la suficiente gracia para relatar los hechos de un bienaventurado, era ocasion de re-

ferir los ejemplos de humildad y penitencia con que edificó á sus iguales y superiores, pero hallándonos muy distantes de gozar tal prerogativa, seremos nada mas que fieles cronistas de la historia que llevamos empezada, tan llena de interés, poesia y verdad como digna de mejor pluma.

Despues de ocuparse Armengol en la redencion de cautivos por los reinos de Murcia y Granada, fué nombrado para marchar al emirato de Argel, donde no solo debia ejercitarse en el rescate de los infelices opresos sino tambien predicar la fé en aquellos paises bárbaros, tan enemigos entonces del nombre cristiano.

Sin embargo, era tal el ascendiente de su palabra, sus virtudes ejercian tan irresistible atractivo, que grandes y pequeños respetaban en su persona ya que no al apóstol de una religion santa, al hombre superior cuya voz debia considerarse como regla infalible de conducta moral y sabiduría profunda. De aquí á declararse prosélitos de la doctrina que anunciaba, solo faltaba un paso y éste le anduvo con fervorosa piedad el emir Almohacen-Mahomet, que despues de su conversion y renuncia del mando, fué religioso mercenario con el nombre de fray Pedro de Santa María.

Desde Argel pasó Armengol á Bujía, perteneciente entonces al reino de Tenez, cercada, como actualmente y poblada ella misma de las tribus mas agrestes y salvajes de Mauritania. Encargado nuestro santo, pues ya le podemos dar este nombre, de la gran redencion de cautivos que debia verificarse en aquella ciudad, quiso dirigirla por si mismo recorriendo para esto las mazmorras y prisiones desde gemian hacinados los cristianos que los piratas berberiscos arrebatában en sus incursiones. Entró en uno de los principales depósitos, donde fueron muy pocos los desgraciados que pudo llevar consigo, en razon de haber consumido el caudal que la órden puso á su disposicion con tan piadoso objeto. Nada mas que de gratas esperanzas y saludables consuelos podia disponer en favor de los menos dichosos, pero al oirle todos cobraban ánimo contra la desventura. Un anciano entre los demas, parecia manifestar menos resignacion ó mayor indiferencia, permaneciendo con el rostro inclinado sobre el pecho, lanzando profundos suspiros envueltos en lágrimas amargas.

—Alzad la cabeza, buen anciano, le dijo Armengol, porque mirando á la tierra miserable no podeis contemplar el azulado firmamento á través del cual espera una gloria sin fin á los que lloran. El hombre es como la flor del campo que luce un instante y muere. ¿Os faltará valor en la última jornada para llegar á vuestro destino?

—¡Ah padre, exclamó redoblando su afliccion, mis padecimientos tocan á su término y no me lamento por ellos; pero ved, señor, esta hija que sostiene el peso de mis cadenas: vedla jóven, agraciada, á voluntad de un amo brutal, que mañana la pondrá en venta para servir de cebo en los harenes de Argel y Tlemcem á la incontinencia musulmana! ¿Podrá conservar en ellos la fé de sus mayores? ¿Tendrá valor para preferir en edad tan juvenil la muerte á la pérdida de la inocencia?

—Has hablado con razon, contestó Pedro, reparando entonces en una graciosa muchacha que se ocultaba á espaldas del anciano. Yo veré de atender á tu necesidad.

Con esta idea marchó sin detenerse á buscar al cadí que autorizaba los contratos y le propuso quedarse cautivo en lugar del padre y la hija, en tanto que volvian de España los padres redentores con el precio de su rescate.

—Ya ves, decia, que yo soy fuerte y dispuesto para el



trabajo mucho mas que un viejo y una niña, sin contar la buena cantidad en que podreis tasarme, seguros de que mis compañeros no dilatarán el pago.

—Por la yegua Alborat, interrumpió uno de las beyes principales, testigo de la proposición, que juzgo conveniente el cambio solicitado por este alfaquí nazareno; porque le juro que si antes de un año no recibimos en lugar suyo diez bolsas de mil cequies cada una ha de ser ahorcado para diversion de los fieles creyentes.

—Si das tanto valor á mi humilde persona, replicó Armengol, será difícil el rescate; rebaja un poco la cantidad para mejor asegurar su cobro.

—No se hable mas: ó las diez mil monedas ó la horca.

—Convenido, respondió Armengol, cúmplase la inspiración divina.

Se cumplió efectivamente para mayor honra y gloria del Señor y exaltación del caritativo religioso. Fué trasladado á las prisiones y el anciano y su hija puestos en libertad.

Doce meses de sufrimiento y trabajos habia pasado Armengol sin que los padres mercenarios arribasen al puerto de Bujia, imposibilitados sin duda de recoger una suma tan crecida en aquel tiempo, cual necesitaban para librar á su hermano de las cadenas donde su paciencia adquiria mayores quilates de perfección. Los berberiscos irritados con las continuas predicaciones del santo, que ademas de afirmar en sus creencias á los compañeros de cautividad arrebatában numerosos sectarios al Islam, determinaron satisfacer el negro encono que les aquejaba, haciéndole morir, según le tenían amenazado cuando le impusieron el plazo fatal. Pero antes quisieron atormentarle trasladándole á cárceles infectas y mal ventiladas, donde la estancia de algunas horas solia costar la vida á los encerrados en su estrecho recinto. Despues le azotaron con inhumano furor, y cuando ya desfallecido parecia tocar en los límites de la vida, le colgaron de una horca que levantaron cerca de la playa.

No bien se habia calmado el bullicio y la algazara que esto produjo, cuando se divisó en alta mar el bajel de la Merced. Si, él era sin ninguna duda; pero ya demasiado tarde. Las barras de gules en campo de oro, emblema de Aragon, que flotaban en su bandera, solo cobijarian un cadáver. A pesar de todo, haremos mal en desesperar; la omnipotencia de Dios es infinita y sus caminos incomprensibles para el entendimiento humano.

Apenas desembarcados, corrieron dos padres de los mas autorizados á casa del bey.

—Dadnos la persona de Armengol, dijeron.

—Tarde habeis venido. ¿Traeis el importe de su rescate?

—Cuéntale; respondió el mas joven echando á sus piés un saco de monedas de oro.

—Me fio en vuestra palabra; ya sabeis que nunca hemos dudado de vosotros. Ahora venid.

Los condujo fuera de la ciudad, y señalándoles de lejos á Pedro pendiente de su suplicio les dijo:

—Eso es lo que puedo daros, lleváosle, y sed mas exactos en adelante.

Callaron, encomendando á Dios la satisfacción de semejante felonía y fueron á besar con reverencia los piés del ilustre mártir. Despues, convocados los demás individuos de la órden descolgaron el cuerpo y trasladándole á una caravana estramuros donde solian alojarse, dispusieron celebrar un funeral humilde antes de llevarle á la embarcación.

Empezadas las primeras oraciones hubo quien notó algun movimiento en el cadáver; siguieron los cantos fúnebres y con ellos tambien los indicios de vida se aumentaron; al cabo ya no pudieron dudar que Armengol respiraba.

Bajáronle del pequeño túmulo y continuaron á su alrededor, no ya rogando por el descanso de su alma, si no alabando la misericordia divina en favor del mártir hácia quien manifestaba su omnipotencia de una manera prodigiosa.

—Oremos por él, decia el superior de los redentores, pues haciéndolo así cumplimos la voluntad de Dios, que el día de hoy quiere favorecer al mundo devolviéndole un justo ornado con la palma del martirio.

Pronto Armengol, ayudado de sus hermanos, logró incorporarse sobre su lecho y acompañar en espíritu los sagrados cánticos.

Sin embargo, su estado era poco satisfactorio y nuevos desmayos repetidos con frecuencia hicieron dudar de conseguir un éxito feliz.

Fué menester apartarle de allí, casi privado de conocimiento, la circulación interrumpida y próximo á entrar en el trance de la agonía.

Algunos religiosos, cursados en medicina, animados de igual espíritu que Ambrosio Paré cuando decia á sus enfermos; yo os asistiré y el Señor os curará, aplicaron al moribundo los auxilios necesarios, y por fin consiguieron hacerle volver en sí, pudiendo asegurar, desde aquel momento, que la asfixia por estrangulación habia sido incompleta, alcanzando nada mas que á embargar el uso de los sentidos.

Como la Providencia cuidaba de aquel siervo fiel, despues de haberse dignado manifestar á los hombres los caminos incomprensibles de que se vale para realizar sus fines, hizo que su restablecimiento fuese rápido y seguro, momento que los mercenarios esperaban con afán para regresar á España, temerosos de algun atropello de los sarracenos si acaso llegaban á saber se les habia escapado su presa. Por esta razon y no quedándoles nada que hacer digno de aventurar nuevos peligros, solo tardaron en abandonar la tierra inhospitalaria que así trataba á los autores de tantos beneficios, el tiempo necesario para que Armengol convaleciese de sus padecimientos.

Una noche se dirigieron al puerto en silencio, temiendo alguna emboscada de las tribus que pueblan las montañas inmediatas; pero antes de saltar en la barca que debía conducirlos á la galera, se volvió Pedro á la ciudad, y levantando la voz, exclamó cual si estuviera poseído del don de vaticinar lo futuro:

—Ciudad de maldición, asilo de crímenes y semillero de maldades, que matas á los enviados para tu bien y enseñanza; duerme tranquila encenagada en tu lecho de abominaciones, que por esa puerta de donde salen tus hijos á llevar el luto y esterminio á los indefensos moradores de playas lejanas, entrarán algun día como leones hambrientos los guerreros del cristianismo á castigar tanta iniquidad, dominando el orgullo que te ciega despues de haber pasado al filo de la espada la flor de tus habitantes, á quienes el terror ni aun dejará aptitud para defender su vida.

Predicción que se verificó literalmente el año 1509 cuando la conquistaron los españoles, al mando de Pedro Navarro.

Barcelona, donde ya se tenían noticias de los esclareci-



dos hechos del santo, casi le recibió en triunfo, pero él, huyendo de los aplausos y honores, se retiró al monasterio de Prades, de donde pasó á mejor vida en 27 de abril del año 1304.

Amigo lector, buscando medio de contarte alguna acción heroica ejecutada en beneficio de la humanidad, comencé á escudriñar la conducta de los filósofos mas acreditados por sus escritos filantrópicos, no dudando hallar entre ellos aun mucho mas de lo que necesitaba. Pero ¡vana esperanza! El uno despues de escribir excelentes tratados de educacion, abandonaba sus hijos á la caridad pública; el otro rugia contra los hospitales y casas de beneficencia, como asilo de gente holgazana; no falta entre ellos quien asegure que la pobreza no tiene derecho á socorro ni consideracion de ninguna clase, pues el necesitado, así dice, debe hacer cuenta que llegó tarde al banquete de la vida y que no hay asiento para él; por último tambien hallé cierto famoso humanitario muy empeñado en desterrar la pena de muerte, mas con la condicion de que le dejasen espacio para degollar antes á todos sus enemigos. Cansado iba casi á desistir de mi empeño, cuando recordé la vida de San Pedro de Armengol y en ella el acto admirable de permitir le ahorcasen por librar de la prostitucion á una doncella. Compara, lector, uno con otros y agradecerás la intencion, sino la manera de relatar esta leyenda.

DIONISIO CHAULIÉ.

## REFLEXIONES A UN RELOJ.

Acércate aquí, hermoso objeto.

Acaban de traerte nuevo y brillante en el estuche de terciopelo donde luces tus galas. ¿Tratas con tu belleza de seducirme? ¡Empeño inútil! puesto que ya estamos el uno unido al otro.

Pasaba ayer por delante del escaparate donde muellemente reclinado descansabas: verte y amarte fué todo uno.

¡Qué ingratos somos los hombres! iba conmigo aquel á quien acabas de reemplazar, le sentia latir cerca de mi corazon, no era tan hermoso como tú, pero era un compañero que no me engañaba nunca. No era lujoso pero era seguro. Tenia aspecto antiguo y grosero con su fuerte caja de plata que el tiempo habia gastado, con sus usadas agujas que marchaban solemnemente sobre el cuadrante, mas desgastado aun, pero podia tener en él confianza, seguro de que no abusaria de ella. A pesar de tu belleza me acuerdo involuntariamente de los muchos años que he pasado con mi viejo amigo; me ha visto comer pan bastante duro, pero entonces era yo jóven y no me impresionaba este contratiempo; hemos pasado juntos dias bien amargos, pero en cambio hemos gozado otros de inmensa alegría, y cuando la suerte empezaba á ser clemente y mi posicion era mas desahogada, para recompensar al compañero de mi vida me separo de él y pongo en su lugar otro, que, aunque mas bello, tal vez no reuna sus cualidades.

Dices que estás garantido, bella razon ¿qué no hay garantido en nuestra época? desde la enfermedad mas rebelde hasta la perfeccion de lo desconocido. La garantia era buena para aquel tiempo en que los comerciantes tenian clientes á perpetuidad.

Hoy día todo desaparece en el momento que sucede, la

garantia, pues, es completamente inútil. Me complazco, sin embargo, en creer que eres muy bueno, arreglado en tus costumbres, infatigable en tu deber, exacto en el cumplimiento de tus obligaciones; de aquí deduzco que viviremos en perfecta armonia.

Difícil será que encuentre al lado de tu brillo y de tu elegancia esa exactitud severa que realizaria tu valor, y no porque dude de ti, sino porque en el siglo presente no suelen hallarse juntos lo bueno y lo hermoso. Hasta ahora es cierto que te portas de una manera intachable. La escepcion prueba la regla y quiero suponer por un momento que tú eres esa escepcion, pero has de permitirme que te dirija algunas reflexiones que conduzcan á nuestra mas perfecta union.

Te prevengo, desde luego, que no te muestres conmigo susceptible; los pequeños detalles no son propios de mi carácter, podrá suceder muchas veces que te olvide; continúa tu camino como si nada hubiera sucedido, me causan horror las pequenezas.

Aunque la vida pasa tan pronto, el hombre desea, sin embargo, acelerar su marcha, no me dejes seguir esta senda; voy entrando en la edad madura y no tengo tiempo que perder.

Lo que si te encargo es que retardes tu marcha cuando encontremos algunas horas de placer: serán tan raras que no veo ningun inconveniente en que tratemos de prolongarlas; sobre todo no te pares jamás, esponiéndome de esta manera á muchas pequeñas miserias de la vida humana: tu poder, no hay para qué disimularlo, es inmenso; puedes de pronto hacerte faltar á una excelente comida, al entierro de un amigo, á una boda, al momento preciso de realizar mi fortuna: te invito, pues, á que pienses un poco en tu inmensa responsabilidad. En nuestro siglo algunos minutos pueden decidir del destino de un hombre: *llegar á tiempo*, he aquí el principal mérito de la época presente, que reemplaza los principios por las oportunidades.

Llegamos á un punto muy delicado. La vida tiene sus vicisitudes, y, segun el refran, *nadie puede decir de este agua no beberé*, por lo tanto podria suceder que necesidades imprevistas nos impusieran una separacion momentánea, perdona que te hable de cosas que son desconocidas para ti, destinado á gente mas poderosa que yo. Existe un establecimiento que lleva el nombre de Monte de Piedad. Hay allí unos señores que tienen la amabilidad de prestar al necesitado alguna cantidad sobre alhajas: si por desgracia, querido, circunstancias imposibles de preveer me obligaran á confiarte á los cuidados de aquellos señores, no te olvidaré, tendré gran cuidado de pagar religiosamente tu pension hasta el feliz día que nos sea posible reanudar nuestra buena amistad.

Empezamos nuestra vida y empezamos á saber á qué atenernos: yo no me doy por perfecto, por tu parte se me figura eres susceptible de acomodarte fácilmente. Podremos entendernos.

¿Pero cuánto tiempo nos entenderemos? Esto pertenece á lo desconocido, mis resortes son mas frágiles que los tuyos, tengo alrededor mio multitud de pasiones que quieren hacer saltar mi cuerda; escuso decirte que haré cuanto pueda por impedir que se realice tan desagradable proyecto; pero si, á pesar de mis propósitos, las pasiones son mas fuertes y hacen que mi máquina se descomponga antes que la tuya, te prometo no permitir que pases á manos estrañas: tengo un viejo amigo que te dará asilo, te cuidará como yo y te verá libre de las indiscretas miradas del público.



Preparémonos, pues, á hacer nuestra entrada en el mundo: en nuestros dias es cierto que no todo lo que reluce es oro; pero tambien es verdad que lo que brilla seduce á la multitud

Tú serás para mí una especie de talisman, y por los mil quinientos reales que me has costado, tendré tres mil grados mas de consideracion.

Los fabricantes se encontrarán mas dispuestos á concederme créditos ilimitados, porque dirán:

—¡Diablo con X.!

—¿Pues qué ocurre?

—Parece que va bien.

—¿Pues qué le sucede?

—Le he visto esta mañana paseándose.

—¿Y qué?

—Llevaba un reloj, pero no así como quiera, sino un reloj magnífico.

Pero no es esto todo.

Los ajustadores de matrimonios, si tienen necesidad de recurrir á ellos, se esforzarán doblemente en ofrecermelos sus servicios y realizar mis aspiraciones. Pero puedes estar tranquilo, que mi intencion no es abusar de la importancia que te debo; serás un salvoconducto que acompañes á un hombre galante en todas sus expediciones, y si Dios nos libra de salteadores y rateros, todo marchará admirablemente.

Pero ¿qué significa esto? ¿Estás parado? ¡Necio de mí! Mientras que te dirigía estas reflexiones, necesarias á nuestra buena inteligencia y mútuo conocimiento, me he olvidado de darte cuerda.

He aquí lo que es la sabiduría humana, piensa siempre en todo, excepto en aquello que es mas indispensable para el bien.

F\*\*\*

## EL CONTENTO ES LA VERDADERA RIQUEZA.

Este proverbio, acreditado por la experiencia de todos tiempos, es el que hoy nos ha de servir de tema para un artículo tan moral como agradable, sin detenernos al pensar el poco fruto recogido con sus vigilias por los eminentes escritores que, tratando de probar esta verdad, murieron dejando al mundo tan afanoso de atesorar caudales como descuidado en proporcionarse el verdadero solaz, que solo es dado conseguir á la virtud, fuente y principio de la moderacion en los deseos. ¿Y quién sabe tal vez si alguno á quien se le cayera de las manos el tratado de *La Confortidad* del venerable padre Rodriguez, el *Elogio de la pobreza* de Séneca ó la *Moral de Epicteto*, no leerá con gusto el presente articulo, encontrando en él algunas razones para correr en busca de la verdadera dicha, contentándose con lo presente, siempre mejor de lo que nos figuramos, dejando á la Providencia el cuidado de lo futuro, que nunca será tan excelente como nuestra imaginacion lo pinta? Ea pues, manos á la obra, y olvidando el poco mérito con que nos sentimos dotados, acordémonos de los humildes medios escogidos para verificar grandes cosas. Una piedrezuela bastó para derribar la estatua de Nabucodonosor, y segun la fábula, un ratoncillo dió libertad al monarca

de las selvas royendo los nudos de la red que le aprisionaba.

Empezaremos afirmando que los bienes de fortuna son en ocasiones poco adecuados para conseguir la dicha, opinion autorizada por nuestro poeta Iriarte en el siguiente prudentísimo soneto, dirigido á significar su deseo:

Si Dios omnipotente me mandara  
De sus dones tomar el que quisiera,  
Ni el oro ni la plata le pidiera  
Ni imperios ni coronas deseára.  
Si un sublime talento me bastára  
Para vivir feliz, yo le eligiera;  
¡Mas cuántos sabios referir pudiera  
A quien su misma ciencia costó cara!  
Yo solo pido al Todopoderoso  
Me conceda propicio estos tres dones  
Con que vivir en paz y ser dichoso:  
Un fiel amigo en todas ocasiones,  
Un corazon sencillo y generoso  
Y juicio que dirija mis acciones.

El ingenioso fray Gabriel Tellez, mas conocido en la república de las letras con el pseudónimo de el Maestro Tirso de Molina, escribe tambien:

Que no el tener cofres llenos  
La riqueza en pié mantiene;  
Pues no es rico el que mas tiene  
Sino el que ha menester menos.

Cuya idea mejoró el señor don Ramon Mesonero Romanos en solo dos versos:

No es pobre el que poco tiene  
Sino el que ha menester mas.

Muchas razones pudiéramos aducir en apoyo de tan dignos pareceres, mas creyendo que nada se imprime en el entendimiento con mayor fuerza que los ejemplos que penetran en él por medio de los sentidos, dejaremos el severo estudio de la ciencia moral para los infinitos prácticos en indicar su verdadero camino, escogiendo en cambio el humilde papel de cicerone ó nomenclator, á vista del grabado alegórico que presentamos, cuya significacion procuraremos desentrañar. ¡Así nuestro ingenio fuera tan despierto como el asunto agradable y provechoso!

En primer término colocó el dibujante una jóven enferma impulsada por otra en un carruaje portátil. ¡Pobre niña! ¡Oloroso jazmin tronchado por el huracan en la época que mas galano debía esparcir su perfume! ¿Qué se hicieron tus fresca lozanía, envidia de tus compañeras, delicia de los que te dieron el ser y esperanza de cuantos se interesaban por tí? ¡Ay! la fiebre marchitó con su ardiente soplo belleza de tanto precio; uno á uno fué perdiendo los encantos juveniles; la fatiga penosa y anhelante sustituyó á su aliento reposado. Se acabó aquel bullicioso y encantador regocijo, alma de la niñez, indicio de buena salud e inocente tranquilidad. A poco tiempo ya no pudo corretear por el jardín en persecucion de las mariposas; ni aun le fué dado respirar el aire fresco de la mañana, demasiado sutil para su débil pecho. Entonces sus padres, ansiosos de proporcionarle mejoría, dispusieron el cómodo vehiculo en que la vemos. Su hermana mayor se ofreció por conductora, y pudo al cabo disfrutar alguna vez las delicias del campo cuando el



sol, llegado á la mitad de su carrera, vivificaba la naturaleza con toda la fuerza de sus rayos. Pero cuidado, que si el paseo se dilata en demasía las consecuencias pueden ser fatales. El ambiente de la tarde es harto fresco y cargado de humedad para esponderse á su influencia. ¿De qué aprovecha la rica y entretelada colcha de calientes edredones cuando el frío de la muerte circula por las venas? ¿No veis como la doliente aprieta contra su seno el abrigo que cubre sus hombros, procurando retener el fuego de la vida que siente evaporarse por instantes? Vaya, no hay que detenerse; volvamos á casa y allí nada faltará; una temperatura graduada con esmerada inteligencia, dulcificante jarabe con qué calmar algun tanto la tos desgarradora, y sobre todo las comodidades y bienestar que proporciona siempre la fortuna á sus hijos mimados. Tal vez espere ya ese famoso médico hecho venir á fuerza de oro, y los momentos son preciosos cuando se aguarda un pronóstico favorable. ¡Cuántos medios de resistir al mal! Pero él sigue su marcha lenta con síntomas alternados, aparente alivio unas veces, recargo fatigoso las mas, pero avanzando siempre, sin retroceder un paso; hoy peor que ayer, mañana irremediable á la vista de un observador inteligente. La niña en tanto gime devorada por la tristeza en medio del lujo y ostentacion, porque todo falta donde no se conoce la alegría.

Veamos ahora ese otro muchacho que cruza al lado de la precedente con su atillo á la punta del humilde baston de peregrino, alta la cabeza y sonriendo satisfecho. ¡Pobre diablo! ¿Qué papel se juzgará destinado á representar en el teatro del mundo? No se lo hagamos conocer; mantengamos su dichosa ignorancia, origen de la satisfaccion que se trasluce en sus ademanes; porque nos veríamos precisados á manifestarle que los de su clase nacemos para ser cartas blancas en la gran baraja de la especie humana, buenas para ligar entre sí los triunfos y figuras principales, é impotentes para valer nada por ellas mismas. Teniendo en cuenta este sistema de padrinazgo, le amonestaríamos á sufrir sin estrañeza la presion que habrán de ejercer sobre él los favoritos del dios Pluto, con arreglo á la ley de gravedad que los metales preciosos comunican; tambien habríamos de prevenirle contra los arrullos lisonjeros de ciertos pájaros de vuelo corto que, afectando lamentar su mala suerte, solo tratarán, prometiéndole ventura sin término, les ayude con su espalda á subir hasta la cucañá donde nunca pudieran llegar sin ayuda de bobos, y á fuerza de tanto decirle, el pobre chico, lacerado el corazon y destilando amargas hieles, ó buscara un árbol donde ahorcarse, ó cayera en el crimen ó en la vagancia y desaliento, á no acudir al supremo consuelo que la religion nos ofrece para las tribulaciones de la vida. Nunca, jamás secaremos ese raudal de alegría seductora; ignorar constituye muchas veces la verdadera felicidad: el olvido, ó por mejor decir, el embrutecimiento, solo se obtiene prostituyéndose.

El mozo de que tratamos recibió la bendicion de su padre moribundo, y despues de haber pasado algun tiempo en casa de un pariente lejano, que le recogió por caridad, tomó el camino de la corte con pan escaso para unos dias, alguna ropa mas andada que mula de arriero, y dos ó tres cartas de recomendacion, que probablemente de nada le servirían. Esperanzas, eso sí, las llevaba grandes; ¡quién sabe hasta dónde podría la suerte favorecerle! Habia oído contar tantas grandezas de los que fueron á Madrid sin un ochavo y volvieron millonarios, que juzgaba cosa fácil conseguirlo. No quedaria por falta de poner los medios para ello: era robusto, ágil y travieso; acostumbrado á la fatiga

y á vivir con poco; ánimo resuelto le sobraba, y muchos años tenia delante de sí para realizar cualquier proyecto. Legítimas podemos llamar sus ilusiones, y seguidas con perseverancia han dado fomento á la suerte de muchos. Cuando pasó al lado del ingenioso carruaje, paróse un rato á contemplarle, exclamando al verle rodar: — ¡Caramba, qué coche tan bonito; parece al grande del señor obispo! Si yo le tuviera, ¡cómo habia de llevar en él á mis primos chiquitines! Pues lo que es yo nunca podria acomodarme ahí. Pero, válgame Dios, ¡qué descolorida y seria está la que va dentro! No la quiero mirar, porque desde que me ha visto parece que se le saltan las lágrimas. — Así era la verdad; al llegar el muchacho tan esbello y gentil, le miró la pobre niña y recordósele su perdida salud; entonces dijo á su hermana conteniendo un suspiro: — Matilde, ¿ves á ese chico con qué facilidad corre la cuesta arriba? ¡Ay! lo mismo hacia yo el año pasado. Deja, déjame verle que me sirve de recreo. — Su hermana apresuró el paso bajo pretesto de llegar pronto á casa, apartando á la jóven de un espectáculo cruel por las comparaciones que despertaba en su alma. Mientras tanto el pequeño caminante se acercaba saltando á un templo dedicado á la Virgen María á rogarla amparase su horfandad. Cumplida esta recomendacion del señor cura, volvió á proseguir su viaje mordiéndose uno de los mendrugos de su pobre despensa, sin embargo de cantar al mismo tiempo:

Ya ni por saber trabajo  
Qué es este mundo de prueba:  
Quien sabe por qué me trajo  
Ya sabrá por qué me lleva.

Era rico, muy rico, puesto que se hallaba contento.

Inmediato al grupo que acabamos de analizar se halla otro niño pensativo y con los brazos cruzados. Le dan sombra magnificas colgaduras, y profusion de juguetes yacen tirados á sus piés. Pertenecce á una familia bien acomodada, de la cual es el Benjamin preferido. Se halla triste, dominado por el hastio, enfermedad terrible, comun entre los poderosos, desconocida para los infortunados obreros de la inteligencia y de la materia. Desde su nacimiento ningun capricho dejó de serle satisfecho, y como para gozar siempre es necesario economizar los placeres, encontró á la edad que vemos agotado el tesoro de deseos, y pobre su espíritu de las gratas emociones causadas por el logro de un objeto apetecido. Por eso le domina el tedio, la melancolia, el cansancio de la vida ¡en la florida pubertad, cuando toda la naturaleza sonríe á nuestra vista! Por eso todos le abandonan, porque su compania es insoportable. ¿Cómo podrá ser grato á los demás quien á sí mismo no puede tolerarse? He aquí las consecuencias de una educacion viciosa. Acostumbren los padres á sus hijos desde los primeros dias á combatir las pequeñas pasiones que descubran en ellos, porque de nó tomarán fuerza, crecerán rápidamente y llegarán á mandar como señoras: constituyéndolos en unos entes ridiculos cuando no criminales; dénilos lugar de apeteer las cosas que no sean absolutamente necesarias, y niégueles con firmeza las que pueden ser perjudiciales. Para gustar la satisfaccion del triunfo es necesario haber sentido las emociones de la resistencia, conveniente en sumo grado para formar un carácter fuerte y varonil.

Solo así conseguirán hacerlos ricos proporcionándolos el contento, sin el cual no hay verdadera riqueza.

En prueba de lo cual examinemos esos dos niños que se ven á poca distancia, vestidos con sus blusitas de india-



na; ni siquiera llevan una mala gorra ó sombrero que los resguarde la cabeza. Sin duda son hijos de algunos obreros. Han encontrado á su paso un organillo y no aciertan á separarse de allí.

—¡Ay, Paquito, dice el mas pequeño, si levantara la tapa y bailasen los monitos ya verias qué cosa tan buena! ¿Cómo lo harán?

—¡Toma, qué tonto eres! contesta el mayor con aire doctoral, los meneas una máquina por dentro. Pues yo, aunque no salgan, aquí estaré mientras toque. ¡Si vieras lo que me gusta oír la música! Algunas veces me voy con la charanga de los cazadores, y luego no acierto á volver á casa. El otro día me recogieron perdido los civiles por acompañar la guardia de Palacio. ¡Pero me divertí mas!!!

—Pues yo lo que hago, respondió el menor, es pararme á ver los escaparates de las tiendas de tiroleses. Hay un gato asando castañas en una de la calle Mayor que parece vivo.

—Mejores son las aleluyas de la tierra de Jauja que compré el otro día, añadió Paco. ¡Si vieras, chico, qué cosas dicen! Es morirse de risa. ¿Por qué no las compras tú?

—Ya las iba á comprar con un cuarto que me dió mi madre, porque me mudaron á Catón, pero le metí en el bolsillo y se cayó por un descosido.

—Vaya ¿me las cambias por la toña que te ha hecho tu hermano?

—Sí; pero no me las has de pedir luego.

—No tengas cuidado. Santa Rita, lo que se da no se quita.

Espere, que vuelve á tocar el tío del organillo: en acabando iremos corriendo.

Por el diálogo anterior podrá comprenderse que los niños infelices, si bien desprovistos de ingeniosos juguetes, no lo están de los regocijos propios de su edad. Un papel pintado, una caña, cualquier baratija descompuesta, es para ellos objeto de infinito precio, y cuando esto tampoco se les proporciona, con sus travesuras é invenciones encuentran suficiente recreo. Se bastan á sí mismos, única riqueza que recomendaba Rousseau. Nada necesitan para estar contentos. ¡Bendita sea la Providencia que atiende al socorro de todas sus criaturas!

Oigamos para terminar la conversacion que sostienen, en el lenguaje que hizo Esopo hablasen la zorra y el cuervo en su discreto apólogo, los dos pajarillos que coronan nuestro grabado. El uno es un canario doméstico de brillante plumaje, el otro un gorrión campesino, independiente y altivo.

—¿Qué haces ahí, tan parado y mustio, desgraciado esclavo, nacido para divertir á tu señor, le decía el último al primero, he reparado que desdeñas contestar á mis gorjeos y quiero hacerte conocer tu miserable condicion.

—Yo soy el adorno de la casa, interrumpió el prisionero: mientras te afanas en recoger toseo ramaje para fabricar un nido informe, quebranta el sol sus rayos en los alambres de mi jaula cual si fuesen de oro purísimo; en tanto que una mano cariñosa y amiga me provee con abundancia de alimento sabroso y regalado, tú buscas el sustento diario á costa de mil fatigas, y por fin, rústico habitante de los campos ¿cómo pueden cambiarse tus pitidos inarmónicos con los suaves trinos de mi garganta, delicia del salon donde con tanto aplauso estoy acostumbrado á prodigarlos?

—Mal ocultas el melancólico despecho alabando los hierros de tu cárcel, contestó el alado habitante de las selvas; pues solo declarándote fuera del orden natural pudieras preferirlos al dulce nido que de toseo motejas, así como el

desabrido cebo que recibes con susto y consumes sin apetito:

porque al cabo

No hay bocado en sazón para un esclavo.

Ponderas tu habilidad en el canto y la poca destreza de mi pecho; es verdad, nunca tuve pretensiones de flautista, pero cifro mi gala en saludar con él los primeros albores del día, y despedirme del lucero vespertino, mejor que no con afeminadas y artificiales notas espresar una dicha que me hallo muy lejos de sentir.

—¿Y por qué no habré de sentirla? ¿Ves mi habitacion adornada con las recién cortadas flores del valle humedecidas por el rocío? Pues una hermosa dama tiene á su cargo este cuidado, sin tomar en cuenta las preciadas golosinas que me prodigan á manos llenas y de que gozo hasta saciarme.

—¿Y gozarás tú, por ventura, la refrigerante delicia de beber el agua en su cristalino manantial, podrás emboscarte en lo espeso de la floresta á recoger las semillas y granos mas tiernos, ó elevándote en los aires respirar el céfiro en el lecho de la aurora contemplando los ondulantes campos de rubias espigas que te presentan abundante cebo, cuando no te plazca recorrer las calles del jardin, picoteando las primicias de la sazónada fruta? ¿Encontrarás á la vuelta de tus escursiones una compañera querida oculta en la enramada, que adivinando la presencia del amado de su corazón, á quien escogió entre muchos, manifiesta su regocijo con gritos de alegría, mientras unos cuantos lindos polluelos entreabren su tierno pico ansiosos del sustento que saben les anuncian aquellas demostraciones de bienvenida? Pero me canso en vano hablando al que no pudiendo amar sino con licencia de su dueño, en vano quisiera comprenderme. Adios; ya tarde en realizar cuanto acabo de contarte; guarda tu hermosa librea, tus marchitas flores, tus golosinas y los pérfidos halagos de tus carceleros, mientras yo, campesino de pobre arreo, volando alegre en el inmenso espacio, entono himnos de gratitud al Criador que tantos bienes me concede.

—Espera, aguarda; ya conozco la fuerza de tus razones, le dijo el canario enjugándose una lágrima con la ramera del ala izquierda. Soy muy desgraciado y te ruego que con tu ingenio me ayudes á salir de aquí.

—Imposible: si los hombres vieses que rondaba á tu inmediacion me juzgarian conspirador y no saliera vivo de entre sus manos. Eres un pájaro de raza aristocrática y debes sufrir los males anexos á tu distinguida clase.

Dicho esto alzó el vuelo dando penetrantes gritos, mientras el infeliz encarcelado moria de tristeza en medio de su elegante fortuna.

Después de lo que va escrito no pueden omitirse algunas reflexiones hijas de la sana razon.

Es lo cierto que la dicha y la felicidad no están vinculadas á las riquezas, ni tampoco la desgracia ha tocado como patrimonio á los desvalidos. En pocas reuniones de adinerados capitalistas se verá reinar la franca y bulliciosa alegría, que por lo comun acompaña á los de corto caudal, y si examinamos la condicion del mayor número de los suicidas hemos de ver que pertenecen á clases muy acomodadas. Esto demuestra claramente que la parte de felicidad á que podemos aspirar sobre la tierra no es mayor en la riqueza que en la escasez, ni en los honores que en la vida oscura, sino que la encontraremos en el cumplimiento de



nuestras obligaciones. Buscad primero, dice el Evangelio, el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.

Si alguno desgraciadamente sonriese con desprecio al leer estas bellas palabras lo sentimos por él, y en obsequio suyo añadiremos un corto número de razones esplicatorias.

Estamos obligados á cuidar nuestros intereses, á procurarecent arlos cuanto sea posible: *trabajad y perfeccio-*

*naos*, dice tambien el sagrado libro; es muy natural que las pérdidas nos aflijan y las ganancias lícitas nos causen satisfacción, pero todo esto sin ansiedad ni avaricia, abandonándonos, según aconseja el Príncipe de los Apóstoles en su epístola 5.ª, á la bondad de nuestro Dios, que se interesa eficazmente por nuestra salud; *poniendo en las manos de su providencia todas vuestras solicitudes, porque él tiene cuidado de vosotros.*

El que procede de otra manera no solo faltará á los de-



El contento es la verdadera riqueza.

beres de cristiano sino que dará lugar á poner en duda su honrría de bien. Escuchad como piensa acerca de esto madama Genlis.

«Los hombres atentos esclusivamente á los medios de acrecentar sus bienes, miran como preocupaciones todo lo que tiene relacion con la delicadeza. Cuando no se piensa mas que en ganar dinero, es muy difícil conservar sentimientos nobles. La probidad de estas personas se reduce

estrictamente á no robar, y sobre una honradez de esta índole no puede fundarse una reputacion sin sospecha.»

Concluyo diciéndote, amigo lector, por si te causa zozobra, que el que esto escribe no tiene licencias de misionero; hace muchos años que profesó en otra órden, solo desea ser útil á sus semejantes y lo intenta hasta donde le es posible.

DIONISIO CHAULIÉ.